

de un interés histórico, pintoresco ó artístico, hay otras que solo tienen huertos ó verjeles. Hoy mismo esos bellos jardines de la *Giudecca* de Murano, y del Lido, cuyas maravillas en tiempo de Bembo refiere Navajero, y cuyos bosques de naranjos, de granados y jazmines embalsamaban la ciudad entera, esos jardines de Armida, á donde los elegantes señores de la rica Venecia iban á cenar en las cálidas noches de la canícula, no son mas que banales de legumbres, muy buenas por cierto, pero nada pintorescas. Estas tierras húmedas, impregnadas de sal, calcinadas por un ardiente sol y hábilmente cultivadas, son estremadamente fecundas, y como dice un autor veneciano, son las fuertes y santas murallas de Venecia.

Pero ¡ah! llegó la hora de dejar esta ciudad, cuyas bellezas hemos procurado describir á grandes rasgos.

A Venecia no se deja voluntariamente, sino que se arranca uno de ella, sin olvidarla jamás ¡Venecia! A este mágico nombre ¡qué cuadro se desenvuelve ante mis deslumbrados ojos! ¡Cuán noble y radiante se presenta, cuando por la mañana deja su manto de plata para cubrirse con la púrpura solar! ¡Cuántas veces he asistido á esta *toilette* divina! Es de ver entonces á los hijos de las lagunas, acudir hácia ella, los unos en sus barquillas donde solo caben los pies del remero y el cesto de la pesca; los otros en prolongadas góndolas cargadas de leche, de frutos y de flores: todos se apresuran á verla.

¡Oh! Cuánto te envidiaba, pescador del Adriático, á tí que vives y mueres en tus caras lagunas. Tú trabajas algunas horas para procurarte el sustento; pero tu vida está asegurada, puedes contar con un mañana y tienes paar olvidar tus fatigas ese cielo, esas maravillas, esa vida profundamente práctica como no la hay en ningún país del mundo ¡Adios, Venecia! ¡adios!

Cuando todos dormían aun, salí de la ciudad. Al amanecer la misteriosa góndola, me alejé muy pronto, y estaba avergonzado de abandonarla. ¡Adios, tú

tambien, gondolero! yo te estrecho la mano como á un amigo. Tú eres el último recuerdo de la ciudad querida, el último hijo de San Márcos que me habla todavía y me despide con algun pesar. Otro empuje, y ya no pensarás en mí mas, volviendo alegre á la ciudad real.

Márcos era un mozo de noble carácter, y casi el único que conservaba el tipo nacional: el sombrero puntiagudo y adornado con un ramo de flores en los días de fiesta, faja ancha al uso oriental, chinelas por calzado, la camisa abierta y una multitud de reliquias de San Antonio de Pádua guardadas en cajas ó en corazones de plata pendientes del cuello.

Poco tiempo antes de nuestra partida, hicimos vestirse á Márcos de gala. Mr. Curt, pintor de historia, hizo un retrato al pastel bastante notable. Esa tez morena y trasparente que los venecianos llaman *mauretto*, esos grandes ojos azules, tan tristes y esa frente despejada, hacen de él uno de los tipos venecianos mas caracterizados. Digno era del pincel de Leopoldo Robert. Así lo hizo él en su último cuadro los *Pescadores*: es el jóven que levanta las redes. Yo lo conocí en el estudio de Aurelio Robert y desde entonces lo adoptamos para que nos condujera en nuestras escursiones artísticas, lo que al cabo de algunos años le habia reportado cierto bienestar.

La víspera de mi partida, vino á ayudarme á arreglar mi equipaje y le dejé bastantes prendas, que no podia yo llevar conmigo. Muy luego volvió diciéndome con cierto despecho que su madre no queria creer que le hubieran dado tantas cosas: la madre lo acusaba de haberlas *robato*. La pobre lloraba de alegría y solo me dijo estas palabras llenas de amor maternal.

—*La perdona, signore, ma chi ama teme.*

(Perdonad, señor; pero quien ama teme).

¡Adios, mi gondolero! ¡adios! ¡Qué San Márcos, San Antonio y la Madona te protejan!

ADALBERTO DE BEAUMONT.



Panierplatz, cerca del Burg en Nuremberg.—De fotografía.

NUREMBERG

(BAVIERA.)

POR M. EDUARDO CHARTON.

1862.

De viaje.—La posada de Rothe Ross.—La casa de Sertz.—Wallestein.—Una introduccion de Hoffmann.—El presbiterio de San Sebald.—Theuerdank.—San Sebald.—La puerta de las Desposadas.—La tumba de San Sebald.—Un bajo-relieve cómico de Adam Kraft.—La muerte de Juan Palm.—El globo de Martin Behaim.—La casa de Tucher.

17 de setiembre de 1862.

Mis recuerdos me trasportan á los campos de Baviera. El convoy pasa con gran celeridad á vista de las ciudades de Ausburgo, Donauwoerth y Nordlingen. Atravesamos paisajes en que nada admira, pero que todo agrada. Las suaves tintas de un sol de otoño convienen á esta naturaleza templada. Las escenas de la vida rústica se destacan ligeramente en medias

tintas sobre el fondo verde de las praderas que comienza á sombreadarse. Grandes manadas de ánsares vuelven graznando á las casas bajo la guarda de frescas y robustas zagalas. Numerosos grupos de campesinos vestidos de negro y graves como nuestros bretones preceden ó siguen sus prolongados carros cargados de yerba mezclada con flores silvestres que flotan sobre las ruedas. A lo largo de la via, algunos muchachos rubios juegan en las puertas de sus casas de madera graciosamente construidas y sombreadas por frondosas y verdes parras. Los últimos rayos del sol coloran estos rostros, se deslizan por los contornos de los pámpanos y se agitan un momento como franjas de oro.

Son cerca de las seis y oigo gritar: ¡*Schwabach!*

Es la última estación antes de Nuremberg. No puedo sustraerme á una turbación, que me es agradable. Sé que Nuremberg no es una ciudad de la edad media y no puedo esperar ver en ella.

»Des murs noirs herisés de clochers; l'amas sombre
De vieux pignons tremblants qui s'embrassent dans l'ombre;
Des enseignes de fer qui grincent...

No; mas espero encontrar reposo, silencio y gozar de la contemplación de obras de arte de los siglos XV y XVI que ya conozco yo bastante por las descripciones y grabados, para no esponerme á grandes errores. Me complazco tambien en una especie de respeto filial por la patria de tantos hombres ilustres, artistas, viajeros, poetas, filósofos, que me han sido siempre simpáticos, sobre todo los dos á quienes estimo y honro particularmente, Martin Behaim el célebre cosmógrafo, el autor del globo terrestre de 1491, y Alberto Durer, gloria de la escuela alemana.

Una graciosa jóven, sentada delante de mí desde Ottingen y que hasta ahora no ha despegado los labios, murmura esta sola palabra como un suspiro: ¡Nuremberg!

Me asomo presurosamente á la ventana y descubro en lontananza la confusa silueta de la antigua ciudad imperial, que desaparece, reaparece, á la derecha, á la izquierda, aumenta, se agranda. Unos momentos mas y entramos en medio de los edificios de piedra roja cuyo estilo es una imitación del gótico.

En Nuremberg.

He tenido cuidado de no olvidar tres palabras que me enseñó nuestro amigo Leon Gerad, (1) sobrino de un viajero francés bien conocido, M. Casimiro Lecomte. Estas tres palabras, *Zum rollen Ross*, tienen me dijo, la virtud de trasportar desde la estación á una posada italiana sita en la orilla del Pegnitz.—Oír resonar el *si* en lugar del *ya* en el corazón de la Baviera, es ciertamente rara fortuna.—Apenas salgo tengo el gusto de leer la frase cabalística pintada de amarillo en los lados de los cuatro ó cinco omni-

(1) Hace algunos años Mr. Leon Gerad, nuestro amigo y colega en la Asamblea Constituyente, tuvo el pensamiento de utilizar los ocios que le permitía la política y su fortuna, reproduciendo por medio de la fotografía los monumentos y vistas mas notables de Nuremberg. A su vuelta tuvo la bondad de poner á nuestra disposición los grabados que van en estas entregas. Mr. Gerard nos prometió tambien una relación de su viaje; pero habiéndolo conducido á otras comarcas de Europa su amor á las artes, nos ha escrito retirando su promesa. Era, pues, preciso suplir su silencio; y con esta intención, nosotros mismos fuimos el verano último á Baviera. Las notas que tomamos en Nuremberg tienen simplemente por objeto, explicar ó comentar los grabados. Rogamos al lector los acoja con indulgencia.—(Nota del autor.)

bus en fila y abiertos. Dóime prisa á tomar asiento y me acomodo el primero con la alegría de un niño en uno de estos pesados vehículos.

La noche está como suspendida sobre la ciudad, sin embargo quizás no sea imposible percibir al paso algo de la fisonomía de los muros del recinto, de las calles y de los edificios. Ya he percibido, sino me engaño, el perfil de una de las torres que he visto en los grabados de *Petrus Koerius*; (2) pero el omnibus se llena con mucha lentitud. Un viejo muy barbado que teme constiparse, aconseja con tono doctoral cerrar todas las ventanas: al instante se le da gusto y muy luego el humo de las pipas cubre como una espesa cortina los cristales. Mientras que mi curiosidad se repliega en la oscuridad en que nos hemos quedado, el vehículo se mueve, rueda, sube, baja, atraviesa un puente, hace mil rodeos á mi parecer. Preciso es que Nuremberg sea una gran ciudad, y los 50,000 habitantes que le da la estadística han de vivir bien desahogados. Al fin nos detenemos, y al bajar del carruaje entreveo por encima de mi cabeza el caballo de madera, pintado de rojo (*Rothe Ross*), que sobresale del balcon en actitud de galopar en el aire.

El huésped, con la cabeza descubierta, se me acerca sonriendo.

—¿El signor Galimberti? le preguntó sonriendo tambien.

—¡*Ya mein herr!* me contesta con voz de tenor formidable.

Yo permanezco mudo. No, esta contestación, germánica, esa cara ancha, risueña, floreciente, aunque sin expresión, esa pacífica obesidad envuelta en un largo capote abotonado hasta la barba, nada de esto me recuerda la alegre y páfida tribu de los *ostieri*, *locandieri* y *trattori* tan listos y locuaces, de los cuales esperaba yo encontrar aquí algun hermano ó hijo desterrado.

Pregunto al mozo que me conduce al comedor y en efecto Galimberti es bávaro de nacimiento.

—¿Y tu padre?

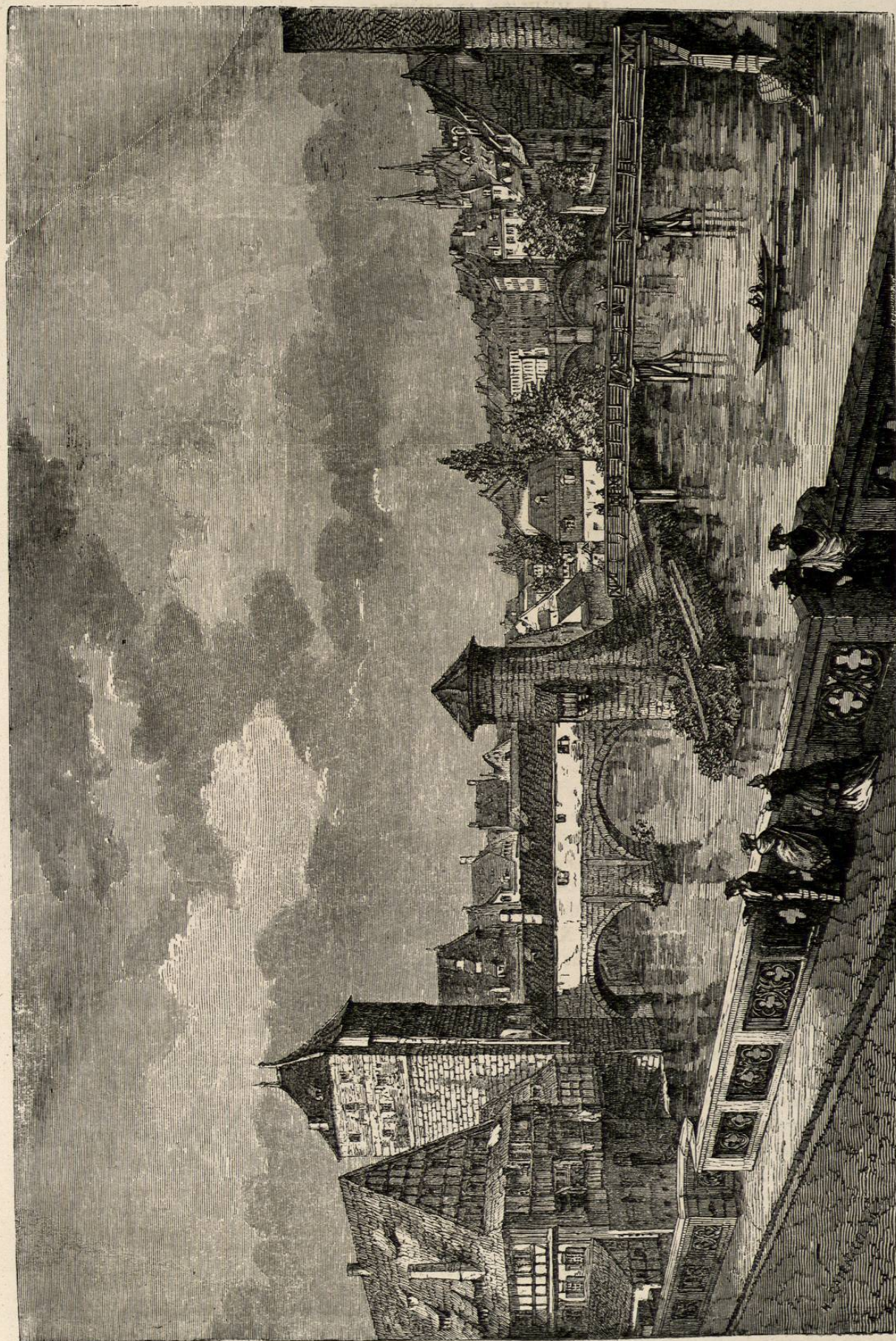
—Hace un año que nadie lo ve. Está ya tan viejo.

—¿Qué edad tiene?

—Sesenta años.

Mi interlocutor es un jóven imberbe, cándido,

(2) Existe un gran número de grabados representando á Nuremberg desde el siglo XV hasta nuestros días. Ahora bien, habiendo atravesado la ciudad tres ó cuatro siglos sin cambiar de fisonomía, gracias á la respetuosa resolución de los nurembergos, transmitida de padres á hijos, de no destruir nada ni innovar restaurando, aun en las habitaciones privadas, resulta el efecto singular de que los únicos cambios que se notan en toda esa sucesión de grabados, se refieren únicamente á los trajes y costumbres. J. A. Delsembach, dibujó y grabó en 1716 con mucha delicadeza de observación toda la vida de los nurembergos de su tiempo en las calles y plazas públicas.



El puente de Max en Nuremberg.—De fotografía.

blanco, rosado. El infeliz tiene apenas veinte años.

Por mas que al partir quiera un viajero prudente sustraerse á las ilusiones que agitan su cabeza, no es raro que alguna de ellas se deslice en el fondo de su esperanza. ¿La esperanza no es con frecuencia otra caja de Pandora llena de engaños? Yo esperaba ver una posada interesante, con viejos muebles de carácter, con vidrios amarillos unidos con plomo, techos ahumados y sobre todo una amplia poltrona de cuero con brazos pálidos por el uso, donde yo me hubiera acomodado con tanto gusto en un oscuro rincón para observar sin que nadie lo notara las extrañas costumbres del país. Pero el comedor de *Rothe Ross*, no es mas aleman que italiano; es cosmopolita, esto es, no tiene ninguna originalidad. Una sala cuadrada, una larga y estrecha mesa cubierta con servilleta, y rodeada de sillas de paja, una chimenea sin molduras en cuyos rebordes hay saleros, vasos, pilas de platos blancos y... nada mas.

Algunos ingleses toman gravemente su té. Una docena de paisanos fuman en silencio sentados ante sus copas de cristal, cubiertas con tapaderas de estaño. Cuando alguno de ellos quiere beber levanta diestramente con el dedo la tapadera á la altura de su boca, sin duda para que entre la copa y sus labios no hallan espacio para... una mona. Preciso me será aprender este ejercicio para no parecer ridículo.

No son aun las diez. No puedo resistir al deseo de andar por las calles.

El cielo está sombrío; las ráfagas han apagado las luces, y á doscientos pasos de la posada choco en las paredes de una iglesia. En lo alto brilla una luz roja; allí hay un nido de espía. Rodeando á tientas el edificio siento cierto estremecimiento: he columbrado sobre mi cabeza un enorme Cristo, cuyo busto, visto así se inclina y destaca en negro intenso al través de las pardas nubes que pasan hacia el Oeste. Me acuerdo haber leído que este bronce del siglo XV pesa quince quintales, en los tiempos pasados ha debido pesar mil á tales horas sobre las malas conciencias.

Por lo demás, tengo en este signo la certeza de que esta iglesia, segun un grabado de Delsenbach, es la de San Sebald, que encierra el célebre sepulcro de Pedro Vischer.

Avanzo mas y al otro extremo me encuentro cerca de un cuerpo de guardia donde un funcionario bávaro se pasea entre dos cañones apuntados á esta calle. ¿Estamos en revolucion? De ningun modo. Esas armas formidables, son simplemente ahora, como antes el patíbulo, un símbolo de autoridad paternal.

Algunas luces brillan tristemente en el fondo de las tiendas de los boticarios, de los confiteros, de los especieros, de los ópticos y librerías que con los fabricantes de instrumentos de matemáticas, lápices y

tabaco, concurren á sostener actualmente la reputación y prosperidad de Nuremberg (1).

En una callejuela desierta un señor flaco y encorvado se pasea bajo una ventana sacando de un acordeon prolongadas y tristes notas. ¡Vaya una serenata!

Paso cerca de una fuente que tiene forma de pirámide, pero no puedo distinguir sus detalles. Algunas criadas acuden á ella por agua, y segun costumbre tan antigua como el género humano, aprovechan la ocasion para hablar todo lo que saben y no saben.

Ya es hora de retirarme y á la vuelta me estravió. Estoy cerca de un puente. Sin duda dejé atrás mi alojamiento. Este rio es el Pegnitz que divide la ciudad en dos partes casi iguales. Sus aguas corren sin ruido. Su amor propio no ha hecho caso, segun se ve, de este epigrama de Schiller.

El Penist.—Estoy hipocondriaco por fastidio y sigo corriendo solo porque así lo quiere la vieja costumbre (2).

Un poco mas bajo y á un súbito brillo de la luna que se asoma entre las nubes, reconozco *l'homme à l'oie* de Pancraz Labenwolf, discípulo de Pedro Vischer. Cosa singular; el elegante hombre rústico me parece en prision. Y ¡en qué pesada cuba se ha guarecido! Hasta otra vista.

La luna se vela. En las ventanas superiores de las casas las luces se van apagando poco á poco. A nadie encuentro en las calles. En esta ciudad, donde se inventaron los relojes, no oigo sonar una hora. Llego casi á sentir la falta de aquellos vigilantes que el año anterior turbaban el reposo de mis noches en Harlem. ¿Tendré yo que llamar á las puertas como ellos, interrumpiendo el sueño de los pacíficos habitantes de Nuremberg?

Por fin y fortuna, en el ángulo de una calle, vislumbro el farol de mi posada y su *Rothe Ross* siempre á galope.

18 de setiembre.

Los dos primeros pisos de la posada ó fonda del *Caballo Rojo* están ocupados hace dos dias por familias inglesas y me han alojado á mí en lo mas alto, en la bella vista, como dice *mei herr* Galimberti.

Al despertarme, en vez de los vagos rumores matinales, oigo solo un ruido que hace resaltar mas el

(1) Se cuentan, por ejemplo, en Nuremberg mas de veinte fábricas de lápices que ocupan 5,000 operarios y producen anualmente mas de doscientos millones de lapiceros que representan un valor de 6 á 7 millones de francos.

(2) *Los Rios*, disticos publicados por el Almanaque de las Musas en 1797. Schiller hace decir al Rhin:

«Fiel como conviene al suizo, guardo la frontera de la Germania; pero los galos pasan por encima de mis pacientes dudas.»

silencio: el rodar de los carruajes, algunos golpes secos dados sobre un tonel y alguna madre que llama á su hija diciendo: ¡Mina! ¡Mina!

Me acerco á la ventana: el momento es solemne. ¿Seré agradablemente sorprendido? ¿Eres, ¡oh Nuremberg! diferente de todas la ciudades que he visto? ¿Me admirarás? ¿Te amaré?

Abro la ventana. La vista es limitada. La modesta fachada de la fonda cierra á una plazuela á un mercado de vinos. A mi izquierda está San Sebald. En frente se eleva un edificio cuadrado sin ningun estilo, que es segun uno de mis autores la casa de Serz, donde estuvieron alojados en 1630 Vallenstein y en 1649 Ottavio Piccolomini, *aquel gato hipócrita*, como decia el capitán Hillo. ¡Wallestein! ¡el gran duque de Fiedland! una de las fisonomías mas extraordinarias de la historia moderna. ¿Qué no daría yo por verlo aparecer un momento no mas en una de esas ventanas, tal como se mostró mas de una vez al pueblo; flaco, alto, amarillo, con su cabello rojizo, sus ojos pequeños y su seriedad terrible!

¿Qué venía á hacer en 1630 en Nuremberg, dos años antes de ponerle sitio? ¿No se habia atrevido á alojarse en el castillo imperial antes de ser emperador, lo que pensaba entonces sin duda? ¿Tenia consigo su cortejo de barones y caballeros, sus sesenta pages, sus cien carrozas, sus cincuenta caballos de silla, sus doce patrullas rondando siempre en guarda de su imperial persona? ¿Esperaban las diputaciones de patricios del país en su puerta, cuyos centinelas rechazaban á la muchedumbre groseramente? ¡Tal poder! ¡el ídolo de tan temible ejército! ¡Qué lujo! ¡Qué esplendor! ¡Qué animación... en mi cabeza delirante! En vez de aquella gran sombra y su córte, solo veo en el primer piso del viejo castillo dos criadas que se ocupan en sus quehaceres domésticos, y en el segundo una dama pálida, bella, jóven aun, que lleva alta la frente y con los brazos cruzados, da diez pasos adelante y otros diez atrás sin volverse. ¿Qué puede significar tan extraño modo de pasearse, cuando se tienen pocos años? ¿Qué pensaría de esto Hoffmann? Pero cuando el consejero visitaba á Nuremberg, se sentia poseído de una nostalgia tan profunda, que olvidaba todas sus alucinaciones y solo sabia espresar las efusiones sentimentales que se desbordaban en el alma de todo arqueólogo verdaderamente apasionado. Esto es lo que puede verse en la introducción de su bello cuento, cuya acción pasa en Nuremberg.

«Tu corazón, dice Hoffman, ¿no ha palpitado nunca con una emoción dolorosa, querido lector, cuando tus miradas caen sobre una ciudad, donde los magníficos monumentos del arte germánico, refieren como lenguas elocuentes la piadosa perseverancia y la grandeza real de los tiempos pasados? ¿No te pa-

rece entonces que penetras en una mansion abandonada? Esperas ver presentarse uno de sus antiguos habitantes para recibirte con amable hospitalidad; pero es en vano; la eterna y rápida rueda del tiempo se llevó á las antiguas generaciones; lo pasado no existe ya; la vida presente te rodea por todas partes. Nada queda de tus bellos sueños, á no ser el ardor profundo que agita tu pecho con ligeros estremecimientos.

»Hé aquí las impresiones que agitaban mi alma siempre que mi camino me conducía á la célebre ciudad de Nuremberg. Deteniéndose entonces, ya ante la bella fuente del mercado, ya ante el sepulcro de San Sebald ó ante la capilla del Santo Salvador, mi alma se abandonaba completamente á las dulces fantasías que le inspiraban las magnificencias de la antigua ciudad imperial que el poeta Rosenblut cantó en sus versos (1).»

Parto para mi primera escursión.

Sobre la plancha de cobre de la casa inmediata á mi posada, leo estas palabras en letras de oro: *Julius Simon*. No procuro averiguar quién puede ser. ¡Qué sea feliz! Basta que despierte en mí el sentimiento de una amistad que me honra y que me lleve al través del espacio hácia uno de los mas nobles corazones de mi patria.

A algunos pasos mas lejos, me encuentro ante el presbiterio de San Sebald. De su muro, y á la altura de un primer piso, sale á medias una bella obra de arquitectura de forma octógona, que no sé cómo llamar, si mi manual no me inspirara las palabras: gran coro del presbiterio. Esta saliente es sin duda el prolongamiento de una capilla. El bello *ediculo* está sostenido por un pilar que remata en una cornisa adornada de follaje y otras molduras. Seis figuras de ángeles se ven esculpidas en los ángulos, en la base de los cimbanillos que separan los lados del octógono. En los cuadros ó campos inferiores por bajo de las ventanas, cinco bajo-relieves representan asuntos de la vida de la Virgen. Una guirnalda de flores separa el techo de la parte superior de las ventanas, y en el intervalo entre el arco de estas ventanas y los cimbanillos, otros ángeles despliegan unas banderolas.

Toda esta composición, que, segun se cree, data

(1) Este poeta Rosenblut vivía de 1431 á 1460. Recorrió la Alemania yendo de córte en córte, sin duda para cantar en las fiestas de los príncipes. Los escasos informes que de él dan los biógrafos, son muy oscuros. Parece que le confunde con otro poeta de su nombre, que fue prior de un convento de dominicos. Su poema sobre Nuremberg no se ha impreso nunca. Conserve un gran manuscrito suyo en folio lleno de poesías de todo género especialmente carnavalescas.